



Arturo Reyes

Entre cimbeles

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Arturo Reyes

Entre cimbeles

I

No morena, sino casi etiópica, era Currita la Mayorala, hembra de veinte abriles, de pelo rizado, abundantísimo y negro como el azabache, con ojos de antílope en celo, tez fina y renegreante, de facciones enérgicas como las de un gitano adolescente, y cuerpo lleno, robusto, de marmóreas y arrogantes curvaturas y suelto y ágil como el de la más gentil bailadora.

Y con estos atractivos y otros, como eran su habilidad en cantarse un tango o una «tartanera», como pudieran hacerlo ángeles y serafines, y su inimitable gracia en taconearse cualquiera de los tangos más en boga, poniéndole seco el paladar y fatigoso el aliento a los que tenían la buena o mala fortuna de contemplar sus primores, no era de extrañar, repetimos, que llevara como llevaba ya dos años de cimbel en la taberna de la Chata de los Chícharos, mimada por ésta y por su consorte, el señor Juanico el Talabartero, uno de los más ilustres ejemplares de los que viven o vegetan de upa en Malaguita la bella.

Currita la Mayorala cumplía su cometido de modo maravilloso, sin dar nunca al olvido lo que le hubo de decir la de los Chícharos, antes de colocarla por primera vez junto al mostrador de su estable cimientito, que le dijo con voz a la que el uso o tal vez el abuso del de Jubrique había robado casi toda vibración sonora.

-Antes de que encomiencen a trabajar sá menester que te dé yo unas cuantas liciones, y sá menester que sepas que el oficio de simbé es más bonito que er só chanelando una miajita, y teniendo una miaja de tunantería, otra miajita de vergüenza y otra miajita de güenas inclinaciones.

-Sobre tó lo de las güenas inclinaciones-exclamó ratificando lo dicho por su consorte Juanico el Talabartero, que parecía no haber nacido más que para remachar todo cuanto afirmara la de los Chícharos.

-Pos bien -continuó ésta en grave actitud y colocándose ambos puños en los ijares-, has de saber tú que tu obligación es jacer que no haiga en tó er barrio gachó aficionado ar chocolate que no ajocique aquí pa gastarse con alegría lo que traiga en la fartriquera: tener quinqué bastante pa sortear a los guasones encuerinos que viven de lo que gorrean, y saber si llega el caso, que siempre llega, plantarlos de un empellón en la del rey; alternar con los güenos parroquianos, aceptar sus convidás, pero que resurte como si en lugar de jacerte ellos un favor se lo jicieras tú a ellos, beber mucho y escupir más, pero sá menester escupir

con tarto y sin que se te enteren ni los cormillos tan siquiera, que en lo que tú escupas, tú llevarás tu tanto y cuanto, y sá menester tamién que estés siempre que rechines de limpia, y que si tiées penas te las comas con tomate u sin tomate...

-Eso es... con tomate u sin tomate -repitió gravemente el Talabartero.

-Tú te callas... -díjole con aire de suprema autoridad a su marido la de los Chícharos, y dirigiéndose a Currita, concluyó-. Sá menester tamién saber de qué pie cojea er que viene a la casa, saber cuánto puée valer er chaleco y la leontina que traen, que dambas cosas son lo primerito que dejan en prenda, bailar y cantar lo menos posible, que al hombre jarto jasta su jálito le jiede; y sobre tó, hija mía, sobre tó en lo que resperta a lo otro, a lo de chipé sá menester no dar al orvio que a los hombres hay que trastearlos con muchísimo entendimiento, que los hombres tós o cuasi tós están pidiendo a voces una enjalma y un ronزال y una batícola. ¿Tú te enteras?

-¡Eso es, una enjalma y un ronزال y una batícola!

-Pos sí, hija mía -continuó la de los Chícharos, aprovechando el inciso de su marido para tomar resuello-, haz tú caso de lo que yo te digo, con los hombres no hay que ser ni palomas ni zarzales; hay que llevarlos y sobrellevarlos con muchísimo pesqui, y decirles con los sacais «Júrgame» y con la boca: «Como me jurgues te mato», y sobre tó, Curra, sobre tó que no se enteren nunca de cómo pones tú el perfil cuando se te va er sentío, porque los hombres en cuantito se enteran de eso ya no quieen saber más. ¿Tú te enteras?

Y de modo tan admirable hubo de aprender las lecciones de su profesora y protectora Currita la Mayorala, que a los seis días de estar desempeñando su cometido, díjole la Chata acariciándole bondadosamente las mejillas.

-Estoy la mar de contenta de ti; a ti al mandarte al mundo te mandaron pa cimbel, y como estoy contenta de ti, y yo tengo concensia, en vez de pagarte a razón de una púa diaria te voy a pagar a razón de cinco riales, y como llevas seis días aquí son seis veces sinco, y seis veces sinco son treinta riales bien contaos y mu requetebién contaos.

-Pos muchas gracias, señá Lola, y que le conste a usted que tamién estoy yo la mar de contenta, y no dirá usté que no alterno que hier tarde me bebí na más que seis chatos y escupí por lo menos dos millones.

-Ah, pícara, te crearás tú que me he jecho yo la lila con lo que te corresponde por escupir, ná de eso, hija mía, es que eso es cuenta aparte, y por escupir te corresponden tres pesetas.

-¿Ná más que tres pesetas, señá Lola?

-¿Tú sabes lo que deja er vino? Er vino no deja ni pa zargatona, hija mía; pero, en fin, como yo no quiero que tú pienses que mosotros semos de los que se les engorruñe el ombligo por dos pares de lentejas, quíee decir que te daré cuatro en vez de tres, y no me pestañees, que eso que te llevas tú no lo gano yo, só agoniosa, en menos de una quincena.

II

El señor Antonio el Toneles comprendió que el nuevo cimbel de la de los Chícharos iba a ser la muerte de su establecimiento; que aquella pícara de ojos como brasas y de piel casi de luto íbale a dar a la de los Chícharos el triunfo en el torneo mantenido por ambos hondilones desde su fundación, y viendo el Toneles la muerte al ojo, como vivo y experimentado que era, apercibióse a la defensa, para lo cual en el día en que lo sacamos a relucir, al ver penetrar en su taberna al Matita de Poleo, que penetró en ella contoneándose gallardamente y como diciéndole a todos los que allí estaban congregados: «Mírenme y pásmense, caballeros». Al verlo penetrar en el hondilón, repetimos, una idea surgió en su cerebro caldeado por recientes y repetidas libaciones, y como hombre vehemente y esclavo de sus casi infalibles corazonadas que era.

-Ven acá tú, Matita de Poleo -díjole a éste con acento bronco y enérgico.

Matita de Poleo se plantó en firme, encogió los párpados, se puso la mano a modo de pantalla sobre los ojos como si le molestara la luz y exclamó con acento de zumba:

-¡Ah, que es usted, caballero!

Y acercándose siempre contoneándose al mostrador, se detuvo delante de la gran batería con que tentaba a los bebedores hambrientos el Toneles, cuya cónyuge tenía, según afirmaban paladares acreditados, manos de ángel para preparar una fuente de anchoas o un puñado de aceitunas o una fuente de boquerones.

-Pos sí, señor, yo soy er que te llama pa platicar contigo de la mar de cosas y pa peírte un favor que yo te voy a peir con mis requetegüenísimos modales.

-Pos a peir de tó lo que yo pueo dar menos corcho que lo tengo tó contratáo.

El Toneles cogió por el brazo a Matita de Poleo, llevóselo a un extremo, solitario a la sazón y espléndidamente iluminado por un mechero de gas, y púsose a contemplarlo detenidamente y con expresión complacida.

-¿Pero es que me va usted a contar los poros? -preguntóle sonriendo Matita de Poleo.

-Cá, hombre, es que si yo fuera una gachí y una gachí de las de no te menées, ahora mismito te peía yo que me quisieras o que me tiraras a un pozo.

-Compare, pos tenga usted la segurí de que lo tiraba a usted ar pozo. ¿Y es pa eso pa lo que me ha traío usted a la vera del de Lágrima?

-No, hombre, yo te he llamao pa decirte que tú eres er mozo más chipé der barrio, el más bonito, er más pinturero y er más afortunao con toítas las mujeres; que a la gachí que tú le pongas los puntos ya puée mandar por los Oleos, pues no le vale ni Santa Rita; que, además de los méritos que te dio el divé que es la bandera de tu amparo, tú tiées güenos comportamientos pa con tos los que te estiman, y tiées simpatía y tiées labia y tiées perfil, y tiées güenas ropas y lo único que te jace falta es un remontúa de chipé con una leontina de oro de chipé y en la leontina y como corgantes un sello y dos tumbagas.

-¿Y me va usté a regalar el remontúa y la leontina y er sello y las tumbagas?

-Pos to pudiera ser, si tú fueras capaz de jacerme a mí otro favor.

-Pos por jecho, con tal que no sea que me purgue.

-Na de purgas, lo que yo necesito es que me mates un cimbel con una de tus caías de párpado y con uno de tus cimbreos de cintura.

-Y ese cimbel, ¿se puée saber quién es?

-Si es que me juras guardar el secreto si el negocio no te conviene, más vivo entoavía.

-Yo soy una sepultura pa guardar toítos los secretos.

-Pos bien, el cimbel que yo digo es la Mayorala, la de cá de la de los Chícharos, una morucha que me trae frito, que se me ha llevao la mitá de mi parroquia, que le está engordando a la Dolores la barriga por cuasi ná, un cimbel que vale más que un bandurrio y que me va a quitar la vía a fuerza de berrenchilies.

-Pos ya sé quién es la que usté dice, lo que yo no sé es si esa gachí es blanda de corazón y si se ríe u no se ríe cuando se le jace cosquillas.

-Jasta pa eso es mala; yo, la verdá, ya le be jechao una jauría de las que valen cuasi tanto como tú y trabajan más barato, como son el Arpiste, el Mistela, el Gorigori y er Mantequilla de cacao, pero como si na; tos han salío con er labio caío y las manos en la cabeza.

Matita de Poleo quedó un instante pensativo y

-Güeno, pos probaré yo tamién fortuna, pero ya sabe usté que ha de ser de oro de ley la leontina y de oro de ley er reló y er sello y las dos tumbagas.

-Vaya, más fijo que hay Dios que te merco toíto ese argahijo si te sales con la tuya.

-Pos me voy a ganar er jornal, que tengo yo ya ganas de verme con tóas esas cosas en er chaleco.

Y Matita de Poleo salió de casa de Toneles, que se quedó murmurando con aire satisfecho:

-Me paéce a mí que lo que es ahora va de veras y que no tiée este gachó ni pa desayunarse con Curra la Mayorala.

III

-Oye tú, Currita, me quiées decir por qué se las trae contigo er Toneles, que dice que en cuanto sepa que un día se te ha orvíao en tu casa er pito de carretilla te va a dar un crugío que se te va a caer toíto er pelo.

Currita la Mayorala se encogió de hombros y repúsole al Pantalones al par que limpiaba la mesa de pino en la que acababa de colocar un cañero.

-Cosas der Toneles, al cual le vivo yo la mar de agradecía, que si no fuera por él, no tendría yo más de dos pares de chaponas y un mal jergón en mi cama.

-¿Y eso se puée saber por qué lo ices tú?

-A usté se lo digo yo tó, agüelito, porque usté es hombre callao, y al que yo le tengo muchísima estima y muchísima voluntad.

-Estimando lo que platicas como si ca palabra tuya fuera un cintillo de diamante y rubíes, pero explícame eso de las chaponas y del jergón de tu cama.

-Pos la cosa es más clara que er sol; yo no sé por qué; porque sí, porque les da la repotente gana, a los mozos les ha dao por venir aquí desde que yo estoy con la Chata, y la Chata vive adorando en mí, y arcángeles son pa ella demonios que yo pinte.

-Pos naturalmente que sí, si esto antes que tú vinieras estaba llamando a voces a los seportureros.

Será por lo que sea, pero lo cierto es que yo ganaba cinco riales y un tanto por escupir y que a los dos meses me tiró el chambel el Toneles con dos púas por cebo, y yo, como soy decente y tengo vergüenza y güenos procederes, se lo dije a la de los Chícharos, y la de los Chícharos entoavía no se lo había dicho cuando ya me estaba poniendo el mismo jornal en la parma de la mano.

-Bien, pero que mu bien jugá la partía -exclamó el Pantalones con acento complacido.

-Pos bien -continuó Currita con voz risueña-, viendo el Toneles que no hacía caso empezó a trabajar con las de Caín, y me sortó tres o cuatro palomos de los de mejor casta der barrio, y yo, que me comí la partía, empecé a repicar a quéa, y la de los Chícharos me regaló un par de botas a la Imperiala y un corte de vestío y dos pares de enaguas blancas que, de finas que son, paecen de tó menos de muselina morena.

-Como que sabe más ésa sin narices que toítos los narigones.

-Pos endispués y ya a la desesperá er Toneles buscó ar Matita de Poleo, usté lo conoce, un gachó que de bonito que es paece una litografía, y que no puede andar de tonto que es, y al que al criarlo su madre se le orvió darle los apoyos e la vergüenza.

-Sí que tiees razón; como que el mu pendón no vive más que de lo que rebaña.

-Pos bien, a ése fue el que escogió er Toneles, y la de los Chícharos se enteró de que er Toneles le había prometío un reló y una leontina y un sello y dos tumbagas si me quitaba de aquí y me llevaba a su casa u a cualquier buchinchí, y la de los Chícharos me lo dijo, y la de los Chícharos y yo mos pusimos de acuerdo pa castigar al Toneles, totar que yo hice como si Matita de Poleo me estuviera quitando toítas las tapaeras der sentío, y er Matita de Poleo se lo creyó y jace tres días me dijo que le daba muchísima pena de que yo estuviera aquí y que era menester que me fuera a mi casa y dejara ya este negocio, y que lo mejor era que me fuera a ca de Toneles, y yo le dije a to que sí, y er Toneles se lo creyó y por poquito si se guilla de la alegría, y... na que ar día siguiente, se me vino er Matita de Poleo con er chaleco que era toíta una belonería.

-¿Y endispués?

-Pos endispués, asín que lo vide tan lleno de relumbrones le dije que a mí no me gustaban los hombres con caenas, y que le dijera ar Toneles que me alegraba de verlo güeno y, naturalmente, aún está er Toneles que habla solo y se muerde hasta la palma de la mano.

-¿Y a to esto la de los Chícharos, qué?

Y no fue preciso que contestara Currita al Pantalones, pues en aquel momento penetró en el hondilón la de los Chícharos, congestionada por el sol y por la carrera en pelo que sin duda acababa de darse, y llegada que hubo y respirando fatigosamente exclamó soltando sobre el mostrador una caja y dirigiéndose a la Mayorala.

-Vaya, hija, pa que veas tú que yo bailo al son que me tocan.

Y diciendo esto abrió la caja, y Currita se estremeció de gozo al ver brillar al sol que inundaba el establecimiento un mantón de Manila de larguísimos flecos y de vivísimos colores.

-¿Y esto es pa mí, señá Lola, esto es pa mí?

-Pues ya lo creo, pa ti, y éste es de los de órdago, treinta duros como treinta soles me acaba de costar en cá de la señá Pepa la vendeora de Capuchinos.

-Pos yo sé la cara que va a poner en quantito me lo vea el Matita de Poleo.

-A propósito de eso, tú no sabes lo de Matita de Poleo, tú no sabes que por poquito si se mata con el Toneles.

-¿Y eso poiqué? ¿Por mo de mí? -preguntó alarmada la muchacha.

-Cá, no, no por ti, sino poi que los ha llevao a que los toquen, y les ha resurtao, no de oro de ley, sino de oro de belón, el reló y la leontina y er sello y las dos tumbagas.

Y una explosión de risa resonó en la taberna de la de los Chícharos celebrando la astucia del Toneles y la derrota del Matita de Poleo, uno de los hombres más bonitos y de más cartel del barrio de la Victoria.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

